

Panel: Nuevas realidades/nuevos enfoques: pobreza estructural y exclusión social en América Latina

Espirales de desventajas: pobreza, ciclo vital y aislamiento social

Mercedes González de la Rocha¹

con la colaboración de

Paloma Villagómez Ornelas²

Las sociedades han progresado en la medida en que ellas mismas, sus subgrupos y sus individuos, han sabido estabilizar sus relaciones dando, recibiendo y devolviendo.

Marcel Mauss, Sobre los Dones

Introducción

Mis primeras ideas en torno al tema de las desventajas acumuladas y el aislamiento social fueron formuladas en 1997 en una reunión organizada por UNRISD (United Nations Research Institute for Social Development) en Trivandrum, Kerala (India), y fueron recibidas con escepticismo e incredulidad. El texto ahí presentado fue publicado en *Latin American Perspectives* (González de la Rocha 2001) después de dos rechazos en dos distintas revistas.³ Posteriormente, como parte de una consultoría para UNDP, realicé un análisis de materiales empíricos provenientes de 15 distintos países, en donde a pesar de las diferencias sociales, culturales y económicas encontré similitudes sorprendentes en las respuestas domésticas y familiares, ante procesos de deterioro del empleo, que mostraban indicios claros del agotamiento de los recursos otrora dedicados a nutrir las relaciones sociales de apoyo y solidaridad. El líder del equipo de consultores, ante mis ideas, se mostraba inquieto con resultados que no cabían en el esquema de las *estrategias de sobrevivencia*, y me invitó cordialmente a suprimir todo aquello que no pudiera interpretarse como “adaptación” o *coping mechanisms*, como si la realidad fuera menos relevante que la preservación de conceptos claramente añejos y caducos para algunos contextos. Pero UNDP no sólo me otorgó libertad para interpretar y escribir sino que eligió mi texto (González de la Rocha 2000) como la única contribución de dicho organismo de Naciones Unidas –de entre los artículos producidos por ese equipo de consultores- a las conferencias internacionales Beijing +5 y Copenhague +5 (ambas en el año 2000, en Nueva York, EUA, la primera y en Ginebra, Suiza, la segunda). A pesar de los vientos en contra, había ya más apertura, al menos en algunos espacios institucionales.

Este relato puede parecer insólito en la actualidad puesto que la bibliografía latinoamericana ha sido nutrida, en los últimos años, por publicaciones que de manera específica tratan el tema del aislamiento social (véanse, por ejemplo, los trabajos de Kaztman 1999, Auyero 2000, Feijoó 2001, Saraví 2004), en un contexto en el que las ideas de estudiosos como Wilson (1987, 1997), Massey

¹ Investigadora del CIESAS Occidente y Profesora Simón Bolívar, Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Cambridge, 2004-2005.

² Investigadora asociada en el proyecto *Aislamiento social en contextos urbanos*, dirigido por Mercedes González de la Rocha y auspiciado por la Secretaría de Desarrollo Social.

³ *Development and Change*, y *Critique of Anthropology*. En este segundo caso, la editora jefe solicitó el texto de forma entusiasta para su publicación después de haber escuchado una presentación oral de su contenido. El Comité Editorial, sin embargo, tuvo una opinión distinta. El texto fue acumulando rechazos al mismo tiempo que comentarios entusiastas de colegas como Peter Ward, Helen Safa y Sylvia Chant, gracias a los cuales pude reponerme de los primeros y hacer un tercer intento. Indudablemente, el artículo que finalmente publicó *Latin American Perspectives* fue revisado y mejorado en el proceso (y en ese sentido, el producto fue ganando claridad), pero sostengo la idea de que el contenido del mismo, las ideas sobre las desventajas acumuladas, especialmente el planteamiento del aislamiento social, seguían causando, por decir lo menos, incredulidad e incomodidad.

(1996) y Massey y Denton (1998) se han vuelto familiares. Hace siete años, empero, estos temas eran considerados casi como blasfemia. Era inaceptable pensar que la reciprocidad, solidaridad y las ayudas mutuas entre los pobres tuvieran límites y llegaran a agotarse (González de la Rocha 2003). A pesar de los avances realizados en el análisis del tema, el fenómeno de la erosión de la urdimbre social como producto de los procesos de atomización de los grupos domésticos y el deterioro de las relaciones sociales de apoyo sigue siendo relativamente novedoso y aún poco estudiado. El proceso de desarrollo conceptual que me llevó a plantear la necesidad de analizar el aislamiento social en contextos de mayor precarización laboral y de aguda pobreza sobrepasa los límites de espacio de esta contribución, y constituye el tema de otro texto (González de la Rocha y Villagómez en prensa, y González de la Rocha y Villagómez en preparación). En este artículo me centro en la discusión de algunas facetas de este fenómeno que, al parecer, está tomando proporciones insospechadas. Si se consultan los resultados de la encuesta *Lo que dicen los pobres*, realizada en el 2003 por la Secretaría de Desarrollo Social, se puede concluir que el aislamiento social ha alcanzado niveles alarmantes entre los pobres⁴ y que los individuos tienen una creciente necesidad de “rascarse con sus propias uñas” en contextos en donde, aparentemente porque se es pobre y se habita en contextos que no conducen al fortalecimiento del tejido social, se carece de la ayuda mutua y los favores recíprocos. Según dicha encuesta, el 50.8 por ciento de los individuos entrevistados no cuenta con una persona con quien dejar a un niño de 8 años; 32.3 por ciento de los informantes respondió que tener amigos asegura poco bienestar, y el 31.7 por ciento piensa que tener amigos no asegura bienestar (contra sólo 7.2 por ciento que cree que los amigos aseguran totalmente bienestar, y 26.5 por ciento que asegura bastante bienestar). Las asociaciones ciudadanas, que suelen ser espacios sociales en donde se cultivan relaciones con un fuerte ingrediente de solidaridad y cohesión en aras de un objetivo colectivo, tampoco gozan de muchos adeptos: sólo el 5.7 por ciento de los entrevistados piensa que el pertenecer a una asociación ciudadana asegura totalmente bienestar; 18.6 por ciento cree que asegura bastante bienestar; 25.6 por ciento opina que la membresía a dichas asociaciones asegura poco bienestar, y un arrollador 36.7 por ciento dice que no asegura ningún bienestar. Aunque la familia sigue teniendo un lugar importante en las expectativas de apoyo recibido en caso de situaciones problemáticas, lo que evidencia la centralidad de la familia en las normas culturales de los mexicanos, un dramático 19.7 por ciento de los individuos que respondieron a la encuesta de la SEDESOL cree que *nadie* le ayudaría para salir adelante en caso de quedarse sin trabajo; 12.3 por ciento piensa que *nadie* le ayudaría si no tuviera qué comer; y un nada deleznable 12.8 por ciento asegura que *nadie* le ayudaría en caso de no tener dónde vivir.

Las ideas desarrolladas en este artículo tienen una base empírica extensamente documentada en una versión anterior (González de la Rocha y Villagómez, en prensa). Se trata de materiales etnográficos recopilados en el marco del proyecto de investigación *Aislamiento social en contextos urbanos*. Por motivos de espacio, en este texto me limito a discutir las categorías de aislamiento social sin detenerme a presentar los estudios de caso. Por ello, se ofrecen sólo algunos testimonios para ilustrar las categorías que del análisis de dichos materiales surgieron. Los lectores interesados en los materiales etnográficos deberán remitirse al texto antes mencionado.

Arranque conceptual y escenarios de investigación

La investigación surgió de la necesidad de ahondar en el conocimiento del aislamiento social a partir de un planteamiento que reconoce el deterioro de los recursos familiares y domésticos y los estragos que la pobreza, vinculada a la exclusión y precariedad laborales, puede llegar a producir en la capacidad de entablar relaciones sociales horizontales y de ayuda mutua. Ello implicó situar el problema del

⁴ Para que un fenómeno aparezca reflejado en encuestas representativas de la realidad nacional, requiere de dosis y repeticiones que, en el caso del aislamiento social, resultan alarmantes.

aislamiento social en el marco del menoscabo y desgaste que han sufrido las formas *tradicionales* de sobrevivencia en espacios cada vez más marcados por la exclusión económica y social de las mayorías (González de la Rocha 2001, Feijoó 2001).⁵ Según estas ideas, las respuestas domésticas y familiares a los cambios económicos, gestadas y puestas en práctica en los espacios más íntimos de la trama económica mundial, no han sido suficientes para paliar el desgaste de recursos y activos domésticos y familiares que dichos cambios han causado (González de la Rocha y Grinspun 2001). Ante el proceso de erosión de los recursos de los individuos pobres parecería inoperante sugerir -como ha sido repetido durante décadas- que todos los pobres responden, se adaptan y sacrifican, se esfuerzan, se aprietan el cinturón, echan mano de su ingeniosa capacidad de sobrevivencia, ayudan a sus iguales y reciprocán. La realidad actual, según un número cada vez mayor de estudios latinoamericanos, exige reconocer que la capacidad de respuesta, de adaptación, de esfuerzo y sacrificio, de restricción, e incluso de formar parte de relaciones sociales de ayuda mutua, puede llegar a agotarse.

La gran mayoría de las investigaciones sobre relaciones sociales en contextos de carencia de recursos –tanto urbana como rural- ha enfatizado el dinamismo y fortaleza de las redes sociales de apoyo y los sistemas de intercambio social. Desde diferentes enfoques y disciplinas, la bibliografía está colmada de referencias en donde se plantea que los pobres sobreviven gracias a sus redes de apoyo (Lomnitz 1975), que las redes sociales, junto con la familia, han sido y son el amortiguador más eficaz de las adversidades económicas (Chiarello 1994), y que la economía de intercambios domésticos entre iguales –implícitos y no cuantificables- compensa los costos crecientes de la economía de mercado (Gershuny 1994). Sin embargo, estudios recientes realizados tanto en México como en otros países, sugieren que el aislamiento social ha surgido como resultado de la creciente erosión de las economías domésticas y familiares y se ha recrudecido ante los embates de la exclusión laboral y la precariedad que caracteriza al empleo (Bazán 1998, 1999; Estrada 1999, González de la Rocha 1999, 2000, 2001).

En el fondo, se trata de dos caminos para llegar a un mismo punto. Tanto los estudios que documentan la fortaleza y vigencia de los sistemas informales de apoyo (redes sociales y reciprocidad) como los que argumentan el deterioro o erosión de los mismos apuntan, finalmente, a la importancia que tiene el intercambio social para el bienestar de los individuos y sus familias. Es decir, se puede demostrar que el intercambio social y la capacidad de reciprocitar favores son elementos cruciales para el bienestar de quienes lo practican, tanto en el proceso de documentar los beneficios de dichas prácticas como en el de analizar las desventajas de su inexistencia o precariedad. Así, los estudiosos que observan lazos y vínculos robustos, en donde la reciprocidad da lugar a flujos de bienes y servicios de ida y vuelta, argumentan que estos sistemas de relaciones sociales conducen al mayor bienestar de los individuos que forman parte de dichas constelaciones. Por otra parte, los que afirman que estos sistemas de ayuda mutua se encuentran en proceso de erosión enfatizan que la ausencia de los mismos conduce al menoscabo del bienestar, a situaciones de mayor vulnerabilidad y carencia económica. Sin embargo, aunque ambos caminos lleven al mismo punto teórico, sin duda de gran peso y centralidad, la constatación de que son cada vez más los pobres aislados y que los otrora *casos desviantes* se han convertido en casos frecuentes, estadísticamente ponderables, constituye un problema digno de atención.

En este texto se aportan nuevos y distintos elementos del aislamiento social que la bibliografía existente ha soslayado. Si bien la teoría plantea la asociación de la exclusión laboral y el aislamiento social, en un proceso perverso de desventajas acumuladas (Wilson 1987, 1997, Massey y Denton 1998, González de la Rocha *et. al.* 2004), nuestro estudio sugiere que la incapacidad de entablar relaciones sociales de ayuda mutua está también vinculada, en contextos sociales específicos, a otros factores. Por

⁵ Entre estas formas tradicionales de sobrevivencia podemos mencionar el uso intensificado de la mano de obra familiar, a través de su mayor y más intensa participación en el mercado de trabajo, especialmente las mujeres y los jóvenes. Este mecanismo de intensificación laboral fue documentado en la investigación sobre el impacto de la crisis de los ochenta en el bienestar de los grupos domésticos (González de la Rocha 1991, 1994).

un lado, a dos etapas críticas de la historia o el ciclo vital de los individuos: la juventud en situaciones límite asociadas al consumo de drogas en un contexto sociocultural de exclusión de este grupo etario (Reguillo 2000), y la vejez, etapa de la vida en la que confluyen el deterioro físico y el deterioro de las capacidades para generar ingresos estables y para entablar y mantener relaciones sociales de reciprocidad y apoyos mutuos. Por otro lado, los resultados de esta investigación aportan elementos para entender el efecto de la distancia social en las relaciones de ayuda otrora recíprocas. En efecto, las trayectorias divergentes, el éxito económico de una de las partes y el estancamiento o empeoramiento económico de la otra, ocasionan estragos en el intercambio de favores y los sistemas de apoyo entre individuos que, en el pasado, estaban unidos por una relación de intensas ayudas pendulares. Por último, la categoría de los retornados por la fuerza muestra la compleja realidad de sujetos que han invertido todos sus recursos sociales para emigrar y que, a su regreso como deportados, encuentran relaciones sociales abandonadas por mucho tiempo o del todo inexistentes. Estos resultados apoyan una idea añeja pero aún vigente. La distancia geográfica, económica y social entre los individuos conduce al deterioro de la capacidad de actuar bajo la norma de la reciprocidad, uno de los ingredientes más importantes del intercambio social entre los pobres. Como Lomnitz (1975) lo planteó hace dos décadas, a mayor cercanía física, pero sobre todo económica y social, mayor confianza y más intensos intercambios. Esto quiere decir que el enriquecimiento de unos o el empobrecimiento de otros, a partir de una base de igualdad, y la falta de contacto cotidiano constituyen caminos hacia la pérdida de la confianza y el deterioro de una relación.

Mexicali, Baja California y Xaltianguis, Acapulco de Juárez, Guerrero, fueron los escenarios de este estudio. Dado que esta investigación surgió de la necesidad de profundizar en el estudio de individuos que habían respondido a la encuesta realizada por la SEDESOL, mencionada en párrafos anteriores, fue menester elegir localidades y personas a partir de la encuesta. Mexicali y Xaltianguis formaban parte del conjunto de localidades en donde la frecuencia de las variables de la encuesta que indicaban rasgos de aislamiento social era más alta. La selección de los escenarios de investigación respondió también a otros criterios. En primer lugar, se trata de escenarios escasamente estudiados a los que la investigación sobre estos temas ha dado muy poca atención. Además, son centros poblacionales que han crecido demográficamente a través de importantes flujos de migración en los últimos años y nos interesaba saber si los migrantes recientes enfrentan, en estos contextos, obstáculos para entablar y mantener relaciones sociales. En tercer lugar, son contextos caracterizados (al menos en el conocimiento común) por una dinámica social cargada de conflictos ligados al narcotráfico, el consumo de drogas y la violencia que, junto con la intensa inmigración reciente, pueden conducir a la erosión de la cohesión social, la confianza y, en general, el llamado tejido social.⁶ Y aunque Xaltianguis no es propiamente una ciudad, es necesario evaluar la existencia y el tipo de aislamiento social que se gesta en contextos sociales de menor tamaño, o localidades de naturaleza más rural o semi-urbana.

Mexicali ha experimentado un súbito crecimiento demográfico debido, sobre todo, al influjo de población oriunda de otras entidades del territorio nacional. Es la capital y la segunda ciudad más grande de Baja California Norte con poco más de 30 por ciento de la población total del estado (Mojarro 2002). Mexicali es una de las ciudades de la franja fronteriza norte en donde ha florecido la industria maquiladora, actividad que se ha convertido en una de las opciones laborales más importantes

⁶ Una revisión no sistemática ni exhaustiva de los datos que hay en la red sobre Mexicali, por ejemplo, encontró los señalamientos a la *criminalización de la pobreza en Mexicali*, los arrestos arbitrarios y los procesos de deportación vinculados con la *malvivencia* (El Universal Online, 22 /11/2003) así como la mayor incidencia de delitos en esa ciudad y su asociación con la pobreza, la desigualdad y la exclusión, y el papel central que ocupa Mexicali en la geografía de la inseguridad -medida a través de las percepciones de sus habitantes (ICESI, Gaceta informativa 7). La fama de violencia e inseguridad de la localidad guerrerense ha llegado hasta los más profundos rincones de la Sierra del Tigre, en los estados de Jalisco y Michoacán. Un habitante del ejido El Zapatero, oriundo del estado de Guerrero y chofer de camiones de carga relató a la autora los múltiples atracos que sufrió en Xaltianguis en el pasado, cuando conducía su camión de carga por esa localidad.

para los cachanillas,⁷ desde que, en la década de los años sesenta, inició la expansión de esta industria y el crecimiento de la construcción y los servicios. Pero los servicios parecen absorber a la mayor parte de los ocupados, especialmente aquellos servicios que se ubican en el ramo de la mecánica automotriz, actividad que prolifera en esta ciudad que parece dedicada a reciclar automóviles de desecho norteamericanos. Los estudios de caso realizados en Mexicali se concentraron en dos tipos de asentamiento. Por un lado, las colindantes colonias Del Rastro y Zacatecas en la ageb 051-7 y la colonia Balbuena en la ageb 462-8, muy cercana a las anteriores. Por otro lado, el Callejón Morelos, conocido también como "El Hoyo", en la Colonia Morelos Wisteria, dentro de la ageb 284-8. En las tres primeras encontramos similitudes en términos de los servicios y el tipo de viviendas que ahí se edifican: casas de materiales firmes, sobre terrenos regularizados, que cuentan con servicios urbanos como agua, electricidad, drenaje, alumbrado público, teléfonos públicos y privados, escuelas locales, clínicas cercanas y, en general, en donde la calidad de vida no adquiere tintes –al menos aparentes- de precariedad. En contraste, "El Hoyo" o Callejón Wisteria es un típico nicho de pobreza urbana, en donde el agua sucia corre por las sinuosas y no pavimentadas callejuelas o se une al cuerpo de agua – alguna vez limpia- que persiste como vestigio de lo que en el pasado eran los *Baños Wisteria*. Con casuchas de cartón, láminas y materiales de desecho, los habitantes de este "Hoyo" viven en la irregularidad de la tenencia de la tierra y la clandestinidad como usuarios de servicios irregulares, costosos y de pésima calidad.

Xaltianguis, si bien no es una comunidad rural, tampoco es una ciudad pequeña. El censo de 2000 demuestra que entonces tenía 6,595 habitantes, y los actuales pobladores calculan que ahora moran el lugar más de 10,000 personas, lo que le otorga la calidad de localidad semiurbana.⁸ Los habitantes de esta localidad trabajan, en su mayoría, como empleados del sector terciario en las ciudades de Acapulco o Chilpancingo, lo cual vuelve el tránsito entre éstas y Xaltianguis cotidiano, dotando de movimiento a la localidad. En una menor cantidad, pero no por ello despreciable, encontramos a un sector de la población que se dedica a actividades de subsistencia, concretamente en el campo, ya sea en parcelas propias, prestadas o rentadas. Los cultivos principales son el maíz, el jitomate, la calabaza, el chile y, en menor medida, la naranja y la sandía. Xaltianguis, como tantas otras comunidades, es un reflejo fiel de la difícil situación que pasa el campo en nuestro país, pues quienes se dedican a esta actividad aseguran que cada día se vuelve más precaria y menos redituable. Xaltianguis, a pesar de su crecimiento inusitado, es una localidad de expulsión de mano de obra con flujos migratorios importantes, tanto hacia Estados Unidos y Canadá, como a destinos nacionales entre los cuales destacan, en el estado, Acapulco, Chilpancingo y Zihuatanejo, y el Distrito Federal y Cuernavaca en el resto del país.

Se realizaron 10 estudios de caso en total, cinco en cada uno de los dos escenarios de investigación, seleccionados de entre los individuos que respondieron a la encuesta de la SEDESOL, tratando de cubrir el mayor espectro posible de una muestra analítica en la que lo importante no era el número sino las categorías de individuos que era menester entrevistar.⁹ Dado que interesaba contrastar la capacidad de entablar y mantener relaciones de confianza, reciprocidad y ayuda mutua de hombres y mujeres con distintas posiciones (y responsabilidades) domésticas, la muestra analítica incluyó casos en donde al sexo y a la edad se les sumaron el estado civil y la posición en el hogar. Además, como la exclusión y precariedad laborales son elementos cruciales del planteamiento teórico del aislamiento

⁷ *Cachanilla* es el gentilicio de Mexicali. Uno de nuestros estudios de caso corresponde, precisamente, al de una obrera de la industria maquiladora.

⁸ Estas cifras muestran un crecimiento inusitado que creemos debe verificarse con información más precisa.

⁹ Sólo dos de los cinco casos seleccionados en el caso de Mexicali fueron localizados, por lo que tuvieron que ser reemplazados por otros individuos. Para ser incluidos, los casos de reemplazo tenían que cumplir con el perfil de los casos seleccionados en primera instancia. En Xaltianguis, en contraste, se encontraron todos los casos seleccionados a partir de la encuesta. Consúltense González de la Rocha y Villagómez (en prensa) para una discusión sobre las complejidades de esta estrategia metodológica.

social, fue necesario tratar de incluir casos diversos en términos de la inserción de los sujetos en el mercado laboral, incluidos los obreros y empleados del sector "formal", los auto-empleados y los desempleados. La finalidad era profundizar en las trayectorias y situaciones económicas y sociales de los individuos que presentaban, según la encuesta, rasgos de carencia de apoyos y relaciones sociales. Se trataba de personas, hombres y mujeres de distintas edades, posiciones doméstico-familiares y ocupaciones que declararon a la encuesta no tener con quien dejar a un niño de 8 años, que tienen que resolver sus problemas por sus propios medios (sin la ayuda de parientes o vecinos) y que no tienen posibilidades de mejorar su situación económica porque *no nos ayudamos entre sí*.¹⁰

Como hipótesis de trabajo se planteó que esta combinación de elementos (migración relativamente reciente a la ciudad, precariedad y exclusión laboral, carencia de apoyos sociales y aislamiento social) da lugar a espirales de desventajas que aumentan la vulnerabilidad y la pobreza de los individuos y grupos domésticos de escasos recursos. Dado que la discusión existente en la bibliografía sobre aislamiento social sugiere que éste es el resultado de la exclusión laboral de los individuos y de la mayor precariedad económica de los grupos domésticos que carecen de los recursos para reciprocitar, fue menester conocer las condiciones socio-económicas de los sujetos de estudio y, particularmente, el tipo de inserción ocupacional. Aunque se trataba de estudios de caso de individuos, fue necesario ubicar a los sujetos en sus contextos doméstico-familiares, así como en términos de su participación en los mercados laborales urbanos y su acceso a los servicios. El diseño de los instrumentos de recolección de la información respondió a las siguientes necesidades de investigación. Indagar sobre las trayectorias individuales en términos de migración, educación formal, capacitación para el trabajo, ocupación y empleo. Recopilar información sobre las capacidades diferenciales de los individuos y familias para el establecimiento de relaciones sociales, con el fin de describir y explicar las razones por las cuales ciertos individuos y grupos domésticos carecen de vínculos significativos y no participan de los sistemas de apoyo entre parientes, vecinos y compadres. Averiguar las condiciones del espacio geográfico en el que viven los sujetos de nuestra investigación, dado que, como la bibliografía lo señala, la segregación residencial juega un papel crucial en el fenómeno estudiado (Kaztman 1999). Finalmente, indagar en las percepciones sobre la solidaridad, la ayuda entre iguales, los favores recíprocos y contrastar dichas percepciones con las prácticas sociales. Aunque el estudio privilegió a los individuos como unidades de análisis, se ahondó en las historias familiares y en la organización social y económica de los grupos domésticos.

La investigación realizada fue de corte cualitativo-antropológico. Aunque no se contó con el tiempo para realizar las largas temporadas de trabajo de campo que la tradición antropológica aconseja, Villagómez y quien esto escribe seguimos el método etnográfico que incluyó, por una parte, recorridos de las zonas y barrios bajo estudio, entrevistas informales con habitantes de los asentamientos elegidos, establecimiento de contactos clave y construcción del *rapport* con los informantes, observación participante y entrevistas semi-estructuradas y estructuradas con los individuos seleccionados. Parte fundamental del trabajo de campo fue el uso de la técnica de historia de vida (migratoria, educativa, laboral y familiar) y la aplicación de cédulas diseñadas *ad hoc* para ahondar en el tema de los favores y la ayuda mutua entre vecinos, amigos y parientes.

En los párrafos que siguen se presentan los cuatro distintos tipos de soledad que surgen del material etnográfico recopilado. La soledad que claramente surge de contextos económicos de escasez en donde la ausencia de recursos lleva al deterioro de las relaciones o crecientes problemas para entablarlas. La que enfrentan los aquí llamados jóvenes "sin futuro", la de los enfermos crónicos frecuentemente viejos y sus cuidadoras y la que caracteriza los retornos forzados a la comunidad de origen después de la ausencia por migración. El material, empero, no habla únicamente de aislamiento social. Por ello, una vez planteados los tipos de soledad, se discuten los contextos en donde es posible

¹⁰ Se trata de la pregunta 3.18b, *¿Por qué?*, que se deriva de la 3.18: *¿Qué tantas posibilidades cree que tiene una persona como usted de mejorar su situación económica?* (cuando se respondió que "pocas posibilidades" o "ninguna posibilidad").

observar redes sociales robustas en distintas dimensiones de la vida. Muchos de los sujetos entrevistados describieron, con precisión sorprendente, la centralidad de las relaciones sociales en la dimensión migratoria, el proceso de asentamiento en la ciudad de destino, el ámbito del empleo y los apoyos "morales" o afectivos que brindan los amigos, familiares y compadres.

Pobreza y aislamiento social

Uno de los objetivos de esta investigación, analizar la relación entre la pobreza -como producto de la exclusión laboral- y el aislamiento social, no pudo ser sino medianamente alcanzado. Este relativo éxito se debe al hecho de que muchos de los sujetos entrevistados (originalmente incluidos en la encuesta de SEDESOL) no son precisamente pobres extremos ni víctimas de la exclusión laboral. Todos ellos están insertos, de alguna u otra forma, en las estructuras económicas de las localidades estudiadas. Los casos que fueron seleccionados precisamente por su registro en la encuesta como desempleados no fueron localizados o bien la información obtenida a través de las entrevistas aclara que no son tales. Con los casos de individuos que habitan en el Callejón Wisteria, en Mexicali, se intentó contrapesar la aparente inclinación de la encuesta por los no tan pobres en las colonias Zacatecas y Del Rastro. Sin embargo, si bien habitan en condiciones más precarias que los habitantes de las otras colonias, los casos del Callejón tampoco pueden ser considerados como ejemplos de exclusión laboral y, mucho menos, de aislamiento social. Los individuos ahí entrevistados,¹¹ al igual que los miembros de sus grupos domésticos, laboran cotidianamente en actividades y empleos centrales para la economía de la ciudad. Su residencia en el "hoyo" o Callejón Wisteria no parece llevar el estigma territorial del que hablan Wacquant (2001) y Saraví (2004). Más bien, sus trayectorias laborales nos hablan de una relativa estabilidad y continuidad en sus empleos. Las redes sociales robustas con las que cuentan, como se verá más adelante, han sido cruciales para la búsqueda de opciones laborales.

Los casos que más claramente ilustran la perversa asociación entre pobreza y erosión de las redes sociales son de individuos, en Xaltianguis y en Mexicali,¹² cuya participación en el mercado laboral está francamente signada por la precariedad y la falta de empleos estables e ingresos irregulares, en donde la falta de recursos les impide devolver favores y, con ello, mantener relaciones de intercambio con sus vecinos. Estos sujetos viven al día y no disponen de recursos para nutrir un fondo social. El material etnográfico habla claramente de la reacción de los vecinos de nuestros sujetos de estudio, cuando no encuentran prácticas recíprocas a sus favores y apoyos. Las posibilidades para un futuro intercambio de ayudas se cierran. La falta de dinero impide no únicamente reciprocitar favores sino, también, salir de la localidad para visitar parientes y amigos que viven fuera. Ante esta situación, las relaciones de amistad construidas en el pasado se enfrían ante promesas incumplidas de visitas que nunca se realizan. La escasez de relaciones de confianza, en el caso de Ana y su marido, se debe en parte a las migraciones temporales recurrentes, a su ser itinerante en trayectorias laborales migratorias. Su no permanencia en el medio social de Xaltianguis ha ocasionado, según puede apreciarse en el testimonio de Ana, dificultades en la construcción de relaciones de confianza entre ellos y los demás:

...después de que nos fuimos y regresamos tuvimos que volver a comunicarnos y se me hacía un poco difícil... es fácil para decir buenos días, o buenas tardes, pero ya para ponerte a platicar con una persona es más difícil porque uno no sabe cómo es la persona, o si pasa uno o si se molesta que uno platique con ellos, por eso yo casi no visito a nadie aquí.

¹¹ Se trata de los casos de Ciria y Marcela, ambas habitantes del Callejón, oriundas de Chiapas y Tabasco respectivamente y tejedoras sociales por excelencia.

¹² Uno en cada localidad: el caso de Ana en Xaltianguis y el de Juan Peralvillo en Mexicali. Ambos casos ejemplifican la espiral de desventajas: además de pobres (aunque activos laboralmente) Ana es una migrante retornada con severos problemas para entablar y mantener relaciones sociales y Juan cae en la categoría de la soledad asociada a la vejez y al empobrecimiento que ésta frecuentemente acarrea.

Las redes sociales de estos personajes están caracterizadas por la escasez de relaciones de confianza que las nutren. En primer lugar, Ana dejó de percibir ingresos cuando su marido y ella dejaron los campos agrícolas de Sinaloa y regresaron a Xaltianguis. Sus ingresos eran importantes para la economía del hogar y ahora hacen mucha falta. Sin embargo, mientras que en los campos agrícolas contaba con una guardería infantil, en donde sus dos pequeños eran cuidados, en Xaltianguis no tiene con quien dejarlos. Ana no cuenta con la presencia de sus propios familiares, pues su padre y sus hermanos se mudaron a una localidad relativamente lejana. A cambio, tiene muy cerca a su suegra, a un cuñado y a varios tíos. Sin embargo, Ana no quiere *abusar* de ellos. Su padre de vez en cuando la visita, pero esas visitas han disminuido debido a que su diabetes ha empeorado. Tiene unas tías que viven en Acapulco a quienes casi nunca ve. Las mujeres que forman parte de su parentela y que sí residen en Xaltianguis, por otra parte, tienen sus propias responsabilidades y, por lo tanto, Ana no siente la confianza como para pedirles que le cuiden a sus hijos, para poder ella salir a buscar un trabajo remunerado. Sabe que sus hijos son inquietos y no quiere tener problemas con posibles travesuras que sus hijos hagan a los parientes. Su suegra, la única que realmente tiene cerca físicamente (vive en el mismo predio pero en casa aparte), nunca le ha ofrecido cuidar a los niños.

La única persona con la que Ana mantiene una relación de confianza es la esposa de su tío (quien “les pasa” la luz). Este vínculo ha sido edificado sobre una base de igualdad económica: *las dos estamos en la misma situación* (en la misma precariedad). Es a ella a la única a la que le pide favores o préstamos de dinero porque es la única a la que le tiene confianza, pero tampoco quiera *abusar* de esa confianza dejando a los niños ahí, pues ya de por sí esa relación le resuelve otros problemas. Con el resto de sus vecinos, Ana se limita a saludar cuando se los encuentra casualmente en la calle. Su precariedad y falta de recursos económicos le ha impedido devolver favores o iniciar una nueva cadena de intercambios cuando otros le han solicitado ayuda. Simplemente, si le piden un jitomate o algún otro alimento y no lo tiene, no lo puede ofrecer. Ella compra únicamente para el consumo del día, y no tiene nada extra para intercambiar, lo que nos habla de la importancia de contar con recursos para lograr intercambios y devolver los favores recibidos. Esto, nos aclara, ha ocasionado cierta animadversión con sus vecinos o, como Ana lo plantea, actitudes de *venganza* hacia ella: *lo hacen para desquitarse*.

El caso específico de Juan, viejo de 83 años dedicado a su taller informal de “desmantelamiento” de autos viejos y destartalados, muestra el tránsito por un proceso de empobrecimiento que ha ido de la mano con su envejecimiento y su paso al auto-empleo después de años de mayor bonanza como obrero del sector formal. Su empobrecimiento contrasta con las trayectorias exitosas de algunos de sus compadres, quienes *se hicieron ricos*, y con los que no encuentra la forma de devolver favores recibidos; carece de la moneda precisa para el intercambio en un plano de igualdad.

Juan: *El se volvió rico, verdad?... un caserón que tiene bonito allá en el corredor industrial. Tiene taller grandísimo.... en fin, está en una posición... entonces ya todo lo que me ha regalado ya le estorbaba a él... ya tiene carro del año, tiene dos, tres, cuatro camionetas y eso, y todo lo que va a tirar.... échamelo pa' acá, yo si lo quiero, de perdida para desmantelarlo y venderlo...*

Mercedes: *Y usted?... le regala cosas a su compadre?*

Juan: *¡No!, no, pues de dónde, de dónde le agarro, le digo, “mira compadre, yo quisiera darte algo, pero deja que agarre yo feriecita...”*

Los contextos de vida de estos individuos, caracterizados por escasez de ingresos monetarios, empobrecimiento y vejez en un caso y escasez de contactos locales al retorno de ausencias prolongadas en el otro caso, muestran las dificultades cotidianas para destinar recursos al intercambio recíproco y al mantenimiento de las relaciones sociales. A la luz de la información recopilada tanto en Mexicali como en Xaltianguis es posible afirmar que cuando la pobreza aprieta, se agudiza, es mucho más difícil realizar los cuidados y las inversiones que las relaciones sociales demandan. El resultado es el deterioro

de los lazos y vínculos sociales (Bazán 1999, Wilson 1987, 1997, González de la Rocha 1999). Si bien los casos de Juan y Ana son centrales para el estudio del aislamiento social vinculado a la escasez de recursos económicos, el resto de los estudios de caso habla, más bien, de distintos tipos de soledad.

Distintos tipos de soledad

Del material etnográfico surgen al menos dos distintos tipos de soledad relacionados con etapas críticas de la vida que alejan a los individuos de los conjuntos armoniosos de hombres y mujeres que transitan por la edad socialmente valorada, productivos, saludables, agrupados en familias estables que se amoldan a los modelos convencionales. Los llamados aquí jóvenes "sin futuro" conforman un tipo de soledad poco comprendido hasta ahora, y los enfermos crónicos (frecuentemente viejos) y sus cuidadores componen un segundo tipo. El conjunto de características asociadas a esas etapas críticas de la vida conforman situaciones en las que los individuos carecen de los apoyos y los intercambios de los que gozaban en otro momento. El tercer tipo de soledad es el que enfrentan los migrantes retornados por la fuerza.

Los jóvenes "sin futuro"

Según un estudio reciente (Verner y Alda 2004), los jóvenes en general, y particularmente los jóvenes que habitan en barrios populares, participan muy poco en organizaciones. Se ha concluido, por lo tanto, que tienen muy escasos bienes sociales.¹³ Lo que la información recopilada en el marco de la investigación realizada en Mexicali y Xaltianguis muestra es que la carencia de recursos sociales tiene que ver con la escasa participación en organizaciones, incluida la iglesia, pero también con relaciones amenazantes con las que se tiene que cortar tanto en el ámbito familiar como en el de las relaciones entre pares. Lo más dramático de estos casos es que algunos o muchos jóvenes de nuestras ciudades y pueblos se sienten tan ajenos a la dinámica social y a las instituciones que sus sentidos de pertenencia – a la familia, escuela, empleo, iglesia- se resquebrajan. Algunos, como muestran los datos de Mexicali, pueden llegar a ver en el suicidio la única forma de salir de su predicamento.

Como lo plantea Reguillo (2000: 28), la sociedad y sus instituciones continúan pensando a la juventud "... como una categoría de tránsito, como una etapa de preparación para lo que sí vale; la juventud como futuro, valorada por lo que será o dejará de ser". Tal es el caso de los jóvenes como Juan Luis y el finado hijo de Antonio, otro de los informantes de este estudio, quien cometió suicidio después de años de consumo de drogas y vida entre las sombras de su adolescencia (ambos habitantes de Mexicali). José Luis, de 22 años de edad, se encuentra en el proceso de huir de las redes que hasta hace tiempo lo habían contenido: su grupo doméstico familiar, su grupo de pares, el grupo de Narcóticos Anónimos y el grupo religioso al que pertenece desde su nacimiento, los Testigos de Jehová. Juan Luis es un joven de aspecto limpio, pelo muy corto, tez blanca y grandes ojos oscuros. Es callado, tímido y tiene problemas de comprensión y de expresión debido al fuerte consumo de drogas que practica desde que tenía 13 años, hace nueve. Desconfiado y poco lúcido, de repente sorprende con discursos profundos y elaborados. Juan Luis estudió hasta el tercer año del nivel secundario y obtuvo el certificado una vez que cumplió con los requisitos de aprobar una materia que había reprobado. Recientemente ha intentado inscribirse en la escuela preparatoria pero la incompatibilidad de los horarios del plantel escolar y de su empleo se lo han impedido.

¹³ En el caso del estudio de Verner y Alda, sólo el 5 por ciento de los jóvenes entrevistados en Fortaleza, Brasil, son miembros de una o más organizaciones, 15 por ciento de los jóvenes se sienten inseguros en sus barrios y el 47 por ciento se siente inseguro en su propia casa.

Debido a múltiples problemas relacionados con el consumo de drogas, cárcel y procesos de rehabilitación frustrados (con al menos una recaída larga), su padre decidió cortar el apoyo que le brindaba (alojamiento y empleo), por lo que Juan Luis tuvo que experimentar la independencia económica y doméstica. Por ello, buscó y obtuvo trabajo como auxiliar de almacenista en un negocio de corte formal en el ramo de comercio de auto partes (en donde gana 950 pesos a la semana y tiene seguro médico, aguinaldo y vacaciones) y se fue a vivir a un departamento alquilado por intermediación de su padre, amigo de los dueños de la vivienda, quienes por su propia historia familiar (tienen hijos con trayectorias similares) tratan de ayudar a este joven ex-presado, adicto a las drogas y en proceso de rehabilitación. Actualmente, Juan Luis vive solo en una vivienda rentada de la colonia Balbuena que cuenta con dos cuartos (un dormitorio y la cocina-comedor), baño, drenaje, electricidad y un lavadero fuera de la casa. A pesar de su juventud, y como muchos jóvenes de Mexicali, Juan Luis ha tenido varias parejas sexuales y a los 17 años se fue a vivir a San Luis Río Colorado con una mujer dos años mayor que él, con la que tuvo dos hijas, actualmente de 5 y 3 años. Sus problemas legales y el encarcelamiento durante 9 meses desembocaron en que la joven pareja se separara. Las niñas quedaron bajo la tutela de la madre, en Yuma, Arizona.

Laboralmente hablando, la historia de Juan Luis es confusa y compleja, llena de etapas distintas y transiciones que lo han llevado desde la participación laboral guiada y hasta cierto punto forzada por su padre, hasta su colaboración en negocios ilícitos de amigos y compañeros de prácticas de consumo. Su reciente incorporación, a su salida de la cárcel y de un centro de rehabilitación, al mercado formal de trabajo, habla de un joven incorporado a la vida económica de la ciudad y no de un individuo que sufra la exclusión laboral, aunque sabe que si se presenta al trabajo bajo la influencia de las drogas puede ser despedido.¹⁴ Se trata, entonces, de un joven cuya trayectoria laboral nos impide hablar de exclusión, excepto durante la etapa, crucial en su vida, del negocio ilícito vinculado a las drogas. Actualmente, Juan Luis es un trabajador inserto en las estructuras económicas de la ciudad y, sin embargo, con rasgos de fuerte aislamiento social. Lo único que rescata de los Testigos de Jehová, religión en la que fue socializado, es que, como la Biblia manda, es necesario *alejarse del mundo y de todo lo que está en él*. Por ello, Juan Luis se limita a transitar por su mundo y por su vida: *nada más a lo que voy, y vengo*.

La vida de Juan Luis lleva el sello del consumo de drogas, los ilícitos que lo llevaron a la cárcel, el rechazo que sus parientes más cercanos le profesan y la auto-marginación de sus grupos de pares. Su deseo de rehabilitación lo ha llevado a cortar con casi todos sus vínculos y relaciones. El grupo de pares al que Juan Luis pertenecía fue el escenario de relaciones de confianza y solidaridad. Ahí, nuestro informante ejemplifica, la droga era compartida sin egoísmo y con generosidad: *nadie se fijaba, era para todos*. Sin embargo, la vida le ha enseñado que ya no puede ni debe confiar en esos amigos "callejeros", a quienes ha dejado de ver y procura evitar hasta los encuentros casuales con ellos. Por ello, Juan Luis se limita a ir de su casa al trabajo y del trabajo a su casa, sin ver a nadie, sin hacer favores a nadie, sin recibir ayuda de nadie.¹⁵ Juan Luis asocia la palabra ayuda con las situaciones límite en las que se ha encontrado en su prolongado y denso consumo de drogas. Y aunque se sabe en la cuerda floja porque puede recaer en cualquier momento, y de hecho ha recaído, no busca los apoyos de las redes de las que trata de escapar (ni Narcóticos Anónimos, ni Testigos de Jehová, ni familiares, ni amigos). Los amigos para él son una amenaza. La familia, una fuente de ayuda que ya no quiere más, pero también una fuente de presiones y exigencias interminables y de rechazo. La religión es una mentira, la policía y los políticos un peligro. El mismo, según su propio balance, un caso perdido.

Juan Luis se encuentra en la encrucijada de formar parte de uno u otro de los dos tipos de actores juveniles planteados por Reguillo (2000): los jóvenes incorporados a las estructuras escolares, laborales

¹⁴ De hecho, en la empresa en donde Juan Luis trabaja realizan exámenes de *anti-doping*, sorpresiva y periódicamente. Ello parece ser un reflejo de cómo y hasta qué punto la drogadicción ha permeado la cultura laboral local.

¹⁵ Para ello, trata de idear nuevas rutas que lo alejen de los puntos de encuentro. A pesar de esos esfuerzos, ha llegado a encontrar a sus viejos amigos. Cuando eso sucede trata simplemente de saludar sin detenerse a conversar, con el pretexto de que tiene prisa.

y religiosas y los alternativos o disidentes, quienes llevan el sello social de no incorporación a los esquemas de la cultura dominante. Juan Luis lucha por salir del segundo, y finalmente “portarse bien”, pero no cabe en el primero. Por el momento, se limita a habitar en un espacio sombrío entre ambos polos y luchar contra las fuerzas que de los dos lados lo jalar, salir de las redes que cada polo ha arrojado para retenerlo. No quiere estar ni en uno ni en otro. La ausencia total de confianza en los demás parece ser una característica de estos jóvenes "sin futuro", pero también, como el mismo Juan Luis lo hizo explícito, la falta de confianza en sí mismos.

El deterioro físico y la vejez

Sorprende el elevado número de individuos que en nuestra pequeña muestra analítica sufre de enfermedades crónicas. Estos son sujetos que se acercan o están de lleno en la categoría de edad avanzada y, en todos esos casos, hay elementos suficientes para plantear la asociación entre esta condición (viejo frecuentemente enfermo o viceversa) y el aislamiento social. La diabetes, ese demonio que corre por las venas causando estragos en la capacidad de los individuos de procesar azúcares y almidones, aparece en dos de los diez estudios de caso realizados para esta investigación. La diabetes es una enfermedad asociada a la predisposición genética combinada con malos hábitos alimenticios y, según empieza a divulgarse, a la desnutrición durante los primeros años de la vida. Y si bien no es precisamente una enfermedad "de pobres", las personas de escasos recursos tienen muchas menos posibilidades de costear los tratamientos adecuados para su control. Tanto el padre de Ana como el padre de José (ambos de Xaltianguis) son diabéticos en etapas avanzadas y su condición les ha restado capacidad para mantener sus relaciones sociales. Recordemos que el padre de Ana ha dejado de visitarla porque se encuentra cada día más enfermo (y Ana no tiene recursos para viajar al poblado donde el padre reside), y el de José vive postrado en su cama. Sus carreras laborales fueron truncadas en ambos casos y ello ha acarreado toda una reorganización doméstica para la generación de ingresos. Dejar de trabajar no sólo implica perder un ingreso sino perder otros componentes del bienestar que brinda el trabajo. Como fue planteado hace tiempo por Jahoda (citada por Gershuny y Miles 1985), la pérdida del empleo resta al individuo actividad física, motivos colectivos, estructura del tiempo, estatus y contacto social. El caso de Juana, esposa del ya mencionado Juan, habitante de Mexicali, es otro ejemplo de la sociabilidad coartada por la enfermedad. Su condición física le impide visitar a sus vecinas como antaño y entablar con ellas relaciones de solidaridad y amistad. Simplemente, no puede salir de su cama y se contenta con las visitas de sus nietas y los apoyos que recibe de parte de los miembros de su grupo familiar.

Pero el enfermo no es el único que se ve afectado en su capacidad de construir nuevos lazos y mantener los añejos. Sus cuidadoras tampoco pueden destinar tiempo al mantenimiento de relaciones sociales porque tienen que estar proveyendo de servicios a sus enfermos. Como ha planteado Robles en su investigación sobre el cuidado a los enfermos crónicos, las múltiples, diversas y complejas acciones que el cuidador debe hacer trastocan y reorganizan permanentemente su vida cotidiana; de esa forma, "...el cuidado se convierte en omnipresente y regula las otras dimensiones de la vida del sujeto" (Robles 2002: 52). Lala, madre de José y esposa de diabético en etapa avanzada, es un buen ejemplo de ello cuando afirma que la enfermedad de su marido le ha restado tiempo y energía para dedicar a socializar o simplemente para salir de casa. La vejez en sí misma, aunque no esté asociada a la enfermedad, es una etapa con tintes de soledad. Juan, nuestro reciclador de partes automotrices de 83 años, fue pródigo en testimonios sobre su realidad actual contrastada con un pasado caracterizado por la abundancia de relaciones. La vida del barrio ha cambiado. El y su mujer, que han sido testigos del paso de varias décadas, afirman que *ya no es como antes*. Ser sobrevivientes ha implicado ser testigos, ahora más pasivos que antes, de los cambios que su cuadra y el barrio han experimentado, especialmente el desmoronamiento de la vida social y de las relaciones de confianza que la caracterizaba: algunos

vecinos ya han muerto, otros se han ido, algunos más están demasiado enfermos como para salir de su hogar. Ante la ausencia de relaciones de confianza con los vecinos, la vida tiene que ser resuelta en casa en condiciones mucho más precarias que antes porque la capacidad de generar ingresos también ha disminuido. Para la fortuna de muchos viejos, los hijos siguen siendo fuente de atención, cuidados y aportaciones materiales, pero cuando ellos enfrentan condiciones de escasez de recursos o aumentan las presiones económicas en sus propios grupos domésticos, los flujos de ayuda hacia los viejos padres pueden disminuir, con lo que la red de seguridad que constituye la familia puede ser afectada drásticamente. Pero sobre todo, los viejos enfrentan una situación en la que los beneficios que brindaban las relaciones sociales extra domésticas y extra familiares han quedado en el pasado.

Retornos forzados y migraciones frustradas

La bibliografía sobre migración internacional ha planteado la existencia de comunidades transnacionales de migrantes construidas por el flujo constante y permanente de información, remesas, e individuos que van y vienen entre sus lugares de origen y los lugares de destino migratorio. Según ese argumento, los sujetos que forman parte de estos flujos no pierden ni el sentido de pertenencia a su lugar de origen ni sus relaciones sociales en la comunidad que los vio nacer. Es decir, se mueven cómodamente en ambos lugares y en el camino de ida y vuelta. Los casos de José y de Ana (ambos de Xaltianguis),¹⁶ nos aportan elementos para pensar que esa conveniente "transnacionalidad" no opera tan fácilmente.

El caso de José es quizás el más dramático. Su súbita deportación, después de casi una década de trabajo y vida familiar en los Estados Unidos, lo forzó a regresar a Xaltianguis. Con ello, enfrentó un ambiente relativamente desconocido, en el que se siente extraño y donde no tiene sino a sus padres, uno de ellos enfermo y desincorporado del mercado laboral, mientras que su esposa e hijos permanecen en Estados Unidos. Su grupo de pares, los hombres y mujeres con quienes fue a la escuela cuando niño y joven y los compañeros de sus primeros empleos locales, ha sido desmantelado por la migración; la mayoría se encuentra en los Estados Unidos. De regreso en "casa", no por elección sino por la fuerza, sufre los estragos que su ausencia de tantos años produjo en sus redes locales y como él mismo afirma, está empezando de cero.

El caso de Ana y su esposo nos habla, también, de los efectos de la no permanencia en el medio social y económico de Xaltianguis en sus relaciones locales de confianza. Después de un largo periodo como jornaleros agrícolas en campos de Sinaloa y Baja California, retornaron a instalarse a Xaltianguis hasta cierto punto forzados (ante la amenaza de perder un lote y la necesidad de que los hijos asistan permanentemente a la escuela) y a costa de perder los ingresos que como pareja trabajadora lograban reunir. Su no permanencia en Xaltianguis les ha restado relaciones sociales. Casi como José, inician ahora el trabajo de construir los contactos perdidos y ganarse la confianza de sus vecinos. Su pobreza, como ya se expuso en otro apartado, le impide a Ana devolver los favores que ha recibido, a costa de no contar con ellos en el futuro.

Vínculos robustos e intercambio de favores

No todas las voces que surgieron en esta investigación, por fortuna, hablan de aislamiento social en sus muy distintos tipos. En este último apartado se abordan las situaciones que dan lugar a intensos flujos de apoyos recíprocos. Entre nuestros casos tenemos algunos en los que es difícil encontrar elementos

¹⁶ El caso de Ana y su esposo, aunque no es de migrantes internacionales (se trata de migraciones dentro del territorio nacional), habla también de un retorno "forzado" a la localidad de origen.

que queden al margen de la dinámica de los vínculos sociales. De hecho, la migración, la obtención de vivienda y enseres domésticos, el empleo y la vida cotidiana en general, para algunas de las personas entrevistadas, se explican sólo en función de su pertenencia a sistemas sociales de apoyo y reciprocidad.

Casi todos los casos de migrantes a la ciudad de Mexicali contaron con la ayuda de un pariente, ya instalado en el lugar, que no sólo pagó el transporte desde el lugar de origen sino, también, brindó alojamiento y alimento al recién llegado. Tales son los casos de Ciria, Marcela y Antonio. La narrativa de estos tres individuos es rica en testimonios sobre la importancia que tuvo un tío, una hermana mayor, o algún otro pariente para lograr llegar desde Chiapas, Tabasco o Sinaloa a esa ciudad nortea que, a pesar del deterioro de su otrora pujanza, ofrece opciones laborales de distintos tipos. Como lo plantea Ciria, mujer de 36 años, empleada en una maquiladora, quien emigró a Mexicali con la ayuda de un tío con el que vivió cuatro años y le ayudó a conseguir su primer trabajo:

Yo ayudé a mi hermano a que se viniera pa' cá, luego él ayudó a mi hermana y ésta a la más chiquita, y así...

En efecto, conseguir un empleo es, en muchos casos, un logro colectivo y no individual. Son los parientes, amigos o paisanos que ya tienen tiempo en el lugar de destino los que cuentan con la información, los códigos culturales locales y los contactos para aconsejar al nuevo inmigrante en su búsqueda de empleo. Se trata de cadenas en las que, una vez instalada una persona, está en posibilidad (y casi en la obligación) de ayudar a otros (la emigración a los Estados Unidos desde Xaltianguis se debe también, en gran medida, a este tipo de cadenas). Así, el recién llegado no está solo para conseguir vivienda, muebles, enseres domésticos, trabajo y compañía en un lugar poco familiar que, sin esas ayudas, sería sumamente hostil. Algunos de los casos estudiados muestran que, efectivamente, sin contactos y relaciones sociales de ayuda, la migración es tan difícil que no se da (el esposo de Ana, en Xaltianguis). Son estos escenarios en los que los sistemas de ayuda mutua, conformados por un denso tejido de relaciones de reciprocidad y favores de ida y vuelta, se construyen, mantienen y florecen. Vale destacar aquí los elementos cruciales de dichos escenarios: la migración a la ciudad de Mexicali y las redes para nutrir los flujos migratorios en un contexto de códigos culturales comunes y experiencias, percepciones e identidades compartidas; la inserción ocupacional vía redes sociales, en la misma lógica de brindar ayuda al que, como yo lo necesité, ahora pasa por proceso por los que yo pasé, porque es *paisano*, etc. De esa forma, el acceso a la vivienda es también favorecido en esta dinámica de ayudas en cadena entre individuos en edad laboral, insertos en la economía local y ávidos de ayudar a los demás como ellos mismos han sido y continúan siendo socorridos. De hecho, los casos de "aislados sociales" son de nativos jóvenes y viejos o retornados al lugar de origen. Por otra parte, la información indica que las relaciones de confianza surgen en contextos de igualdad económica y social entre sujetos que se perciben como iguales. Cuando ese equilibrio desaparece, surgen obstáculos, se perciben brechas o distancias sociales, que dificultan la confianza y la reciprocidad (Lomnitz, *op. cit.*).

Como se ha dicho, el trabajo brinda bienestar en muchos sentidos, incluido el social a través de los contactos cotidianos con compañeros de trabajo, además de ingresos necesarios para reciprocitar. El caso de Antonio en Mexicali, aunque ya jubilado, nos muestra la importancia del trabajo como un factor de cohesión social y de pertenencia a un grupo. Formar parte de la red de ex trabajadores del Ayuntamiento de Mexicali lo previene de sufrir la misma suerte de otros viejos, a quienes no les queda alternativa a su soledad. El trabajo es también, para Eladio, entrevistado en Xaltianguis, fuente de bienestar en un sentido amplio. De ahí obtiene los ingresos con los que él y su familia viven confortablemente. A través del trabajo ha viajado y ha dado rienda suelta a su espíritu aventurero. Sobre todo, el trabajo ha sido y es una fuente constante de relaciones sociales que cuida con cautela y generosidad. Entre ese conjunto de vínculos, se encuentran los que lo unen a un grupo amplio de hombres que han sido, son o pueden ser los trabajadores de las obras que, como contratista, consigue y supervisa. Y aunque podríamos pensar en estas relaciones como del tipo *patrón-cliente*, estos hombres

son también sus vecinos y paisanos con quienes a Eladio le gusta pasar el tiempo e intercambiar favores en un plano más horizontal.

Pero las redes sociales no sólo generan bienes tangibles y servicios (cuidado de niños, pagar la luz del vecino, *raites*, comida preparada por una hija, etc.). Las conversaciones sostenidas con los informantes que forman parte de redes robustas develan un aspecto que pocas veces aparece en los relatos académicos: el apoyo moral y emocional que los individuos dicen tener al sentirse parte de un grupo, sea este de paisanos, de compañeros de trabajo o de miembros de un grupo religioso. Las personas significan estas redes más amplias como la extensión de vínculos familiares, como la construcción simbólica de una gran familia en donde existe un alto grado de confianza, camaradería y solidaridad. Quienes están al margen de la dinámica de redes robustas –los desvalidos económicos que no tienen recursos para el fondo social, los aquí llamados jóvenes sin futuro, los viejos, enfermos y sus cuidadores, y los retornados por la fuerza carecen, entre otras cosas, del sentido de pertenencia a un grupo y los apoyos emocionales que rebasan el ámbito económico y cimentan fuerzas internas.

Espirales de desventajas

El uso que yo he hecho del término *desventajas acumuladas* ha aludido al perverso impacto que el deterioro del empleo (la capacidad de los individuos de hacer uso de su fuerza de trabajo) tiene en otras dimensiones de la vida de los individuos y sus grupos domésticos. Es decir, la vinculación entre fenómenos como, por ejemplo, el desempleo y la atomización de las familias, la precarización laboral y la agudización de la pobreza y éstos y el creciente aislamiento social (González de la Rocha 2000, 2001). La idea, sin embargo, no era sólo vincular los fenómenos bajo una lógica de impacto dominó, uni-direccional, sino reflexionar en torno a la naturaleza acumulativa de las desventajas en dinámicas que se desatan en forma de espiral. De esta manera, un evento laboral (la pérdida del empleo) puede llegar a tener impactos cada vez más amplios que afectan otros aspectos del trabajo (como no contar con materiales –recursos- para destinar al auto-empleo) con efectos propulsados a dimensiones no laborales (el intercambio social). Estas, a su vez, producen situaciones y contextos en los cuales los sujetos se vuelven más vulnerables, puesto que el deterioro de los vínculos sociales y la no participación en redes restan capacidades para encontrar un empleo, una vivienda y favores de asistencia cotidiana. Todo ello aumenta la vulnerabilidad de los pobres a las crisis económicas y las adversidades. Igualmente importante para mi argumento, el uso del término *desventajas acumuladas* hacía referencia a los efectos que las crisis y los ajustes económicos tienen en el ámbito doméstico y familiar. De esta forma, si bien la economía de los países puede entenderse como un conjunto de ciclos de crisis – ajuste – recuperación, los ajustes privados que el cambio económico ha producido no han experimentado el mismo proceso. Es decir, las pérdidas de los ahora llamados *activos* familiares, los recursos de la pobreza (la fuerza de trabajo, la vivienda y sus enseres, las relaciones familiares y las redes extra familiares), no llegan a la etapa de recuperación antes de que otra crisis estalle en la economía mexicana o alguna emergencia, una crisis familiar, evapore el sueño de un mejor futuro. Con esto he querido decir que los ajustes privados que han tenido lugar en los espacios domésticos y familiares no han tenido saldos neutros. Por el contrario, las *desventajas acumuladas* nos remiten a la suma del déficit, al desgaste de los recursos de la pobreza de antaño (González de la Rocha *et. al.* 2004).

El término *desventajas acumuladas* está relacionado con otro, *ventajas comparativas*, que alude a la existencia de muy distintos escenarios doméstico-familiares que están diferencialmente equipados para enfrentar el cambio económico, las crisis y los procesos de ajuste estructural que han caracterizado a las economías latinoamericanas en las últimas décadas. Se ha documentado, por ejemplo, que los grupos domésticos en la etapa de consolidación o equilibrio (cuando hay un mayor balance entre el número de consumidores y proveedores) tienen ventajas económicas respecto de los que se encuentran

transitando por las etapas de expansión y dispersión.¹⁷ Ahora bien, si bien la bibliografía ha mostrado que las ventajas pueden ser tan acumulativas como las desventajas (una situación de mayor bonanza económica conduce a niveles más elevados de escolaridad de los hijos, mejores cuidados de salud, capacidades aumentadas para brindar ayuda, reciprocidad y formar parte de asociaciones y grupos, etc.), hay contextos y momentos en los que estas ventajas se desvanecen, como se ha visto para el caso de los hogares que transitan por la etapa de consolidación del ciclo doméstico, cuyas ventajas comparativas respecto de los más jóvenes y de los más viejos se disipan en situaciones de escasez del empleo (cuando no resulta fácil que todos los miembros en edad de trabajar encuentren un empleo).

Como suele pasar en todas las investigaciones, los resultados no siempre son de un solo tipo ni transitan por una sola dirección. Más bien, la compleja realidad observada incluye múltiples situaciones en las que los individuos tejen distintos tipos de relaciones sociales y están insertos en medios sociales de densidad variada. En este artículo se ha abierto un abanico de posibilidades o categorías analíticas para una mejor comprensión del aislamiento social y de su contraparte, el florecimiento de las relaciones de apoyo e intercambio social.

Un análisis de la información que nos brinda la encuesta de la SEDESOL, universo del que se partió en la investigación cuyos resultados se discuten aquí, concluiría que se trata de un conjunto de personas caracterizado por la erosión de sus relaciones de apoyo. Las respuestas que los individuos dieron a las preguntas del cuestionario indican situaciones de aislamiento social y carencia de relaciones sociales de ayuda. Se puede construir, así, una categoría relativamente indiferenciada de pobres que carecen de recursos económicos y sociales.

En contraste, los resultados de esta investigación mostraron, por un lado, que existen distintas gamas dentro de la categoría de pobre que es necesario distinguir (González de la Rocha con Villagómez, en prensa). Por otra parte, que la capacidad para entablar relaciones sociales, si bien no determinada, está moldeada por el contexto social más amplio, por la economía de los grupos domésticos y por los planes y proyectos de los individuos. Así, los inmigrantes (en Mexicali o en ciudades en los Estados Unidos) construyen relaciones sociales para conquistar el medio hostil y poco familiar del lugar de destino y los emigrantes usan sus redes para salir del lugar de origen. Se propusieron distintas categorías para analizar los contextos y las situaciones en las que los sujetos entablan relaciones sociales de distinto tipo y densidad, en donde es posible ubicar a algunos aislados sociales y otros que, por el contrario, tejen día con día lazos imprescindibles para su diario vivir. De esta forma, se plantea que el arte y la práctica de reciprocidad y de formar parte de constelaciones sociales, que pueden ser interpretadas como redes de seguridad, requieren de dosis importantes de recursos materiales y sociales. Con esta investigación se constató, una vez más, que las relaciones sociales entre parientes, amigos y vecinos no forman parte, de manera "natural" y automática, del *equipo de sobrevivencia* de los pobres. Hay vínculos *fuertes* que resisten los embates de la escasez, como los que se tejen al interior del grupo familiar, aunque éstos también pueden deteriorarse. Hay vínculos más *débiles* que están caracterizados por su fragilidad, como los que se construyen hacia afuera del grupo doméstico familiar, y que son mucho más vulnerables a los embates de la pobreza, la vejez y la enfermedad. Los individuos entrevistados hicieron uso de palabras tales como *cuidado*, *consideración*, *no abuso* para referirse a las normas que rigen la petición y la devolución de favores. Cuando una persona no tiene el cuidado necesario y sólo recibe los favores, sin estar disponible para hacer algo a cambio, cae en la categoría de abusona, falta de consideración, poco atenta y, sobre todo, poco dispuesta a que dicha relación permanezca. La construcción de estos vínculos está estrechamente asociada a la confianza que se gesta a lo largo del tiempo, con tintes fuertes de cotidianidad, sobre una base de igualdad económica y social que permite la cercanía entre las partes. La permanencia de las

¹⁷ Véase González de la Rocha 1994 para una discusión más amplia sobre las diferencias entre un amplio espectro de grupos domésticos y las ventajas comparativas de algunos tipos. La discusión incluye, además del ciclo doméstico, la diversidad en términos de las estructuras familiares, la jefatura del hogar y el tamaño de los grupos domésticos.

relaciones depende de la capacidad y disponibilidad para acatar las normas de la reciprocidad, misma que tiene costos materiales y de otro tipo.

Mexicali y Xaltianguis son contrastantes no sólo en tamaño e infraestructura sino, también, en las oportunidades que brindan a sus habitantes para que estos sean capaces de obtener empleos, proveerse de ingresos y construir vínculos sociales significativos para su bienestar. Mexicali es una ciudad de atracción de miles de migrantes. En algunos casos, los que llegan a esta ciudad se encuentran de paso rumbo a los Estados Unidos. En otros, aunque sus intenciones eran las anteriores, se quedaron al constatar que la ciudad ofrece empleos y salarios más altos que en otras partes del país. Algunos más llegaron directamente con la intención de quedarse a buscar mejores opciones de vida que las que tenían en sus lugares de origen. En contraste, Xaltianguis es un lugar de expulsión de muchos individuos que se van a los Estados Unidos o a otros estados del país, más prósperos y con más alternativas de empleo. Podemos decir, *grosso modo*, que en el primer escenario, un lugar de arribo y de construcción de una nueva vida (en el imaginario de los migrantes, una vida mejor), observamos la construcción y el florecimiento de vínculos y relaciones de confianza dirigidos precisamente al éxito del asentamiento en la nueva ciudad (la excepción son nativos). En el segundo escenario, en cambio, parece haber una tendencia al abandono de las relaciones que algún día existieron, precisamente como producto de las ausencias de los migrantes que, al volver, enfrentan redes deterioradas. En Xaltianguis, muchas personas, aunque no todas, parecen invertir todos sus recursos sociales para emigrar y no para quedarse.

Los resultados de esta investigación abonan la discusión de las desventajas acumuladas. Si bien sigue siendo válido plantear que un detonador poderoso de la espiral de desventajas es el empobrecimiento como resultado de la reducción de oportunidades a la que se enfrenta la mayoría de la población, y que, sin duda, el aislamiento social forma parte de dicha espiral, existen otros detonadores que no habíamos considerado anteriormente. La vejez y la enfermedad son ejemplos claros de este otro tipo de propulsores de dinámicas sumatorias de desventajas que abarcan e impactan ámbitos disímiles de la vida. Resulta cierto plantear que la vejez puede tan sólo recrudecer una situación de pobreza y de aislamiento social, pero también, y sobre todo asociada a la enfermedad, puede propiciar procesos que lleven a la pobreza sin la posibilidad de contar con apoyos fundamentales para el bienestar. En este sentido, el futuro se nos presenta harto problemático si pensamos que el número de viejos será cada vez mayor en contextos en los que sus hijos tendrán una carga de por sí pesada con su propia descendencia y contarán con menos recursos que los hijos de antaño (dados los pronósticos poco alentadores de los mercados laborales) para ayudar a sus viejos padres. Por otro lado, si Juan Luis, y los jóvenes como él, no logra rearmarse como individuo y controlar su adicción a las drogas al menos a un nivel “funcional”, pronto el *anti-doping* sorpresivo pero constante en su lugar de trabajo lo echará a la calle, y ante el debilitamiento de sus redes familiares de apoyo, no tendrá más alternativa que volver a su pasado callejero y sus relaciones, como él mismo lo plantea, “peligrosas”.

En todo caso, es necesario estar alertas para afinar nuestra capacidad de análisis, interpretación y predicción de los cambios que se avecinan en un mundo cada vez más marcado por las exclusiones, en el que los privilegiados-integrados –al empleo, a la vida pública, a los movimientos sociales, a la familia y a las constelaciones sociales de apoyo- son cada vez menos.

BIBLIOGRAFÍA

- Bazán, Lucía, 1998, 'El último recurso: las relaciones familiares como alternativas frente a la crisis', ponencia presentada en el Congreso Internacional de LASA (Latin American Studies Association, Chicago).
- Bazán, Lucía, 1999, Cuando una puerta se cierra cientos se abren. Casa y familia: los recursos de los desempleados de la refinería 18 de Marzo, México, D.F.: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Chiarello, Franco, 1994, "Economía informal, familia y redes sociales", en Millán, René (comp.), Solidaridad y producción informal de recursos, México, D.F.: UNAM.
- Cortés, Fernando, 2004, "Investigación cualitativa y generalización. A propósito de la evaluación cualitativa de Oportunidades", ponencia presentada en el coloquio *30 Años de Política Social: Balance y Perspectivas*, CIESAS/ITESO, Guadalajara, 28-30 de enero.
- El Universal Online, sábado 22 de noviembre de 2003, Nación, página 16.
- Estrada, Margarita, 1999, 1995. Familias en la crisis, México, D.F.: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Feijoó, María del Carmen, 2001, Nuevo país, nueva pobreza, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gershuny, Jonathan, 1994, "La economía informal: su papel en la sociedad postindustrial" en Millán, René (comp.), Solidaridad y producción informal de recursos, México, D.F.: UNAM.
- Gershuny, Jonathan e I.D. Miles, 1985, "Towards a new social economics", en Roberts, Bryan, R. Finnegan y Duncan Gallie (eds.), New Approaches to Economic Life. Economic Restructuring, Unemployment and the Social Division of Labour, Manchester: Manchester University Press.
- González de la Rocha, Mercedes, 2003, "The Construction of the Myth of Survival", ponencia presentada en la Conferencia Internacional *Feminist Fables and Gender Myths: Repositioning Gender in Development Policy and Practice*, Institute of Development Studies, Sussex, 2-4 Julio 2003.
- González de la Rocha, Mercedes, 2001, 'From the Resources of Poverty to the Poverty of Resources? The Erosion of a Survival Model', *Latin American Perspectives*, Vol. 28 (4), 72-100.
- González de la Rocha, Mercedes, 2000, "Private Adjustments: Household Responses to the Erosion of Work", Nueva York: United Nations Development Programme, Conference Paper Series, 6, para Beijing + 5 y Copenhagen + 5.
- González de la Rocha, Mercedes, 1999, 'La reciprocidad amenazada: un costo más de la pobreza urbana', Enríquez, Rocío (coord.), Hogar, pobreza y bienestar en México, Guadalajara, Mexico: Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.
- González de la Rocha, Mercedes, 1994, The Resources of Poverty: Women and Survival in a Mexican City, Oxford: Blackwell.
- González de la Rocha, Mercedes, 1991, "Family well-being, food consumption, and survival strategies during Mexico's economic crisis", en Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar Latapí, Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980's, La Jolla: Center for US-Mexican Studies, University of California, San Diego.
- González de la Rocha, Mercedes, 1986, Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara, Guadalajara: El Colegio de Jalisco, CIESAS, SPP.
- González de la Rocha, Mercedes y Alejandro Grinspun, 2001, 'Private Adjustments: Households, crisis and work', Grinspun, Alejandro (ed.), Choices for the Poor. Lessons from National Poverty Strategies, Nueva York: United Nations Development Programme, 55-87.
- González de la Rocha, Mercedes, Elizabeth Jelin, Janice Perlman, Bryan R. Roberts, Helen Safa y Peter M. Ward, 2004, "From the Marginality of the 1960s to the 'New Poverty' of Today: A LARR Research Forum", en Latin American Research Review, Vol. 39 (1): 183- 2003.

- González de la Rocha, Mercedes con Paloma Villagómez Ornelas, en prensa, “Nuevas facetas del aislamiento social (de la encuesta a la investigación etnográfica)”, en Székely, Miguel (comp.), Lo que dicen los pobres, Mexico, D.F.: Secretaría de Desarrollo Social.
- González de la Rocha, Mercedes y Paloma Villagómez Ornelas, en proceso, La nueva soledad urbana. Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Inseguridad, A. C., (ICESI), "Gaceta Informativa 7", <http://www.icesi.org.mx/index.cfm?artID=663>
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, INEGI, SCINSE 2000.
- Kaztman, Ruben (coord.), 1999, Activos y Estructuras de Oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay, Montevideo: CEPAL/PNUD.
- Lomnitz, Larissa, 1975, ¿Cómo sobreviven los marginados?, México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores.
- Massey, Douglas, 1996, “The age of extremes: concentrated affluence and poverty in the twenty-first century”, en Demography, vol. 33 (4): XXXX.
- Massey, Douglas y Nancy A. Denton, 1998, American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, octava edición.
- Mauss, Marcel, 1972, Sociedad y ciencias sociales, Obras III, Barcelona: Barral Editores.
- Mauss, Marcel, 1991, Antropología y Sociología, Madrid: Editorial Tecnos, S.A. (primera edición 1971).
- Mojarro, Octavio, 2002, “Dinámica, estructura y distribución de la población en la franja fronteriza del norte de México”, La situación demográfica de México, 2002, <http://www.conapo.gob.mx/publicaciones/2002/08.pdf>
- Narayan, Deepa, Robert Chambers, Meera K. Shah y Patti Petesch, 2000, Voices of the Poor: Crying Out for Change, The World Bank: Conference edition.
- Reguillo, Rossana, 2000, Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Robles, Leticia, 2002, Del amor al trabajo. La invisibilidad del cuidado a los enfermos crónicos, Tesis de Doctorado, Programa de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Guadalajara y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Saraví, Gonzalo A., 2004, “Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural”, en Revista de la CEPAL, 83: 33-48 (agosto).
- Secretaría de Desarrollo Social, portal electrónico:
www.sedesol.gob.mx/subsecretarías/prospectiva/Main_voces.htm.
- Verner, Dorte y Eric Alda, 2004, "Youth at Risk, Social Exclusion, and Intergenerational Poverty Dynamics: A New Survey Instrument with Application to Brazil", World Bank Policy Research, Working Paper 3296, mayo 2004.
- Wacquant, Lois, 2001, Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio, Buenos Aires: Manantial.
- Wilson, William Julius, 1987, The Truly Disadvantaged. The Inner City, the Underclass, and Public Policy, Chicago: The University of Chicago Press.
- Wilson, William Julius, 1997, When Work Disappears. The World of the New Urban Poor, Nueva York: Vintage Books.
- Zavala, Zaira Ivonne, 2003, "La presencia femenina en la construcción de las redes migratorias", ponencia presentada en el Primer Coloquio Internacional *Migración y Desarrollo: Transnacionalismo y Nuevas Perspectivas de Integración*, 23-25 de octubre de 2003, Zacatecas, Zacatecas, organizado por la Red Internacional de Migración y Desarrollo, la Asociación Mexicana de Estudios Migratorios, el Centro Regional de Investigación Multidisciplinaria (CRIM-UNAM), el CIESAS Occidente y la Universidad Autónoma de Zacatecas.

RESEÑA BIOGRAFICA

Mercedes González de la Rocha es investigadora del CIESAS Occidente (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social) en Guadalajara, México, desde 1982 a la fecha. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel III, y de la Academia Mexicana de Ciencias.

En 1987 obtuvo el Premio Miguel Othón de Mendizabal a la Mejor Investigación, y en el año 1994 el Premio de la Academia Mexicana de Ciencias (en la categoría de Ciencias Sociales). González de la Rocha ha sido investigadora visitante en la Universidad de Texas en Austin (1991-1991, 1997-1998) y en el Centro de Estudios México-Estados Unidos de la Universidad de California en San Diego (1987-1988).

En el año 1998 fue Profesora Tinker en Columbia University (Nueva York) y actualmente es Profesora Simón Bolívar de la Universidad de Cambridge en el Reino Unido (año académico 2004-2005).

Los principales temas de interés e investigación de Mercedes González de la Rocha son política social, pobreza y organización social de los grupos domésticos familiares. Sobre dichos temas tiene publicaciones en libros y artículos editados en México, Inglaterra, Estados Unidos, Corea del Sur, Brasil, Colombia y Chile.

CIESAS Occidente
Avenida España 1359
Colonia Moderna
Guadalajara, Jalisco
44190, México
Tel. (52-33) 3812-0001
Fax: (52-33) 3810-8326
www.ciesasoccidente.edu.mx